

ella iba á verificarse, la ve repentinamente próxima á ser madre. La confusión y congoja de espíritu que esto causó en José, él solo fué capaz de comprenderla. No le era posible siquiera detenerse en la menor sospecha contra aquella Virgen, cuya santidad é inocencia, cuyas acciones y modestísima conducta admiraba él mismo, y le servían de edificación y de consuelo; pero tampoco podia dudar de aquello que veían sus propios ojos: ignoraba la causa; pero le constaba con toda evidencia del efecto. ¿Qué hacer en un caso y situación tan difíciles? Lo que era propio de un hombre perfectamente justo: poniéndose en manos de la Providencia divina, y dejando á su cuidado el desenlace de este acontecimiento, determinaba ausentarse cubriendo con su silencio, como dice un Santo Padre, aquello cuyo misterio ignoraba. Dios entonces le revela por medio de un Angel ese misterio, volviendo así á su corazón la paz y la alegría, que llegaron á lo sumo con el nacimiento y la vista del niño Jesus; mas á poco tiempo, hé aquí otra durísima prueba: Se le ordena por el Angel que huya al Egipto con aquel niño y su Santísima Madre; porque Heródes perseguía á Jesus para quitarle la vida. Pero José, justo y fiel á Dios, lleno de una fé viva y con una ciega obediencia, ejecuta inmediatamente lo mandado, sin proponer dificultad alguna, y sin hacer aquellas observaciones que á cualquier otro podían ocurrirle en

este caso, sobre un mandato tan extraordinario, y una fuga tan intempestiva y trabajosa, la que á primera vista parecia innecesaria, siendo Jesus un Hombre-Dios, que no necesitaba huir ni esconderse de sus enemigos. Nada de esto detiene á José ni un solo instante: Dios lo ordena; y eso le basta para ponerse en camino aquella misma noche. Ved aquí su conformidad absoluta y á toda prueba con las disposiciones del cielo: ved aquí al siervo fidelísimo y prudente, á quien el Señor constituyó cabeza y rector de su santísima familia.

Ahora bien, hermanos míos: tan grandes y esclarecidos como fueron las virtudes de este Santísimo Patriarca; tan altos los oficios que con suma fidelidad desempeñó sobre la tierra: tan íntima su familiaridad y tan ardiente su amor á Jesucristo su hijo y á María su castísima esposa, tanto así y aun mayor fué el galardón que obtuvo de Dios á su dichosa muerte, y la gloria inefable que acompañando á Jesucristo en el día de su Ascension á los cielos, comenzó á gozar y gozará para siempre; y si en el mundo mereció tan especiales prerogativas, y nada seguramente le negaría su hijo Jesus de cuanto le pidiese, inferid de aquí cuán grande y eficaz será en el cielo su valimiento para con Dios, y seguro su Patrocinio para con nosotros.

Volvamos á recordar á este propósito al antiguo José. El rey Faraón

hizo salir de la prision en que se hallaba, para consultarle sobre un misterioso sueño que habia tenido: y como Dios habia dado á aquel jóven el espíritu de profecía, explicó al rey su sueño tan satisfactoriamente, como lo acreditó despues la misma realidad de los acontecimientos. Entonces Faraón dijo á sus áulicos: “¿Por ventura podremos encontrar un varón como este, lleno del Espíritu de Dios?” Y volviéndose á José, le habló en estos términos: “Supuesto que Dios te ha mostrado todo lo que me has dicho, yo no podré encontrar otro hombre más sabio que tú, ni que te sea semejante. Tú gobernarás mi casa; y al imperio de tu voz obedecerá todo el pueblo. El trono en que me siento, será la única distincion y preferencia que yo tenga sobre tí.” Puso despues en su mano el real anillo, y la cadena de oro sobre su cuello: hizo que montara en una de sus carrozas, y fuera conducido por la ciudad, intimando á todos un pregonero que doblasen la rodilla ante José, y supiesen pue iba á gobernar á todo el Egipto. Esto hizo un gran monarca con aquel jóven extranjero: así le premió el servicio que acababa de hacerle: así le honró y elevó, no solo para su propio bien, sino para bien de todos. ¿Y creis que el Rey de la gloria haya honrado y engrandecido ménos al Patriarca José, que hizo con él los oficios de padre? Nó, ciertamente: porque así como en el cielo la Santísima Virgen María

no ha dejado ni puede dejar de ser verdadera Madre de Jesucristo, así tampoco José su castísimo esposo ha perdido allí su carácter de padre putativo del Hijo de Dios: ántes bien, como dice San Bernardino de Sena, no debemos dudar que Jesucristo en el cielo, ha aumentado, perfeccionado y consumado aquella familiaridad, reverencia y sublimísima dignidad, con que honró á José sobre la tierra.

“Cuando los egipcios acosados del hambre que el antiguo José habia predicho, y para la que tenia ya preparado en todas las ciudades un grande acopio de trigo se presentaban ante Faraón pidiéndole el remedio de su necesidad, el rey les contestaba: *Ite ad Joseph*; “ocurred á José, y haced cuanto él os diga;” y José proveyó de alimento no solo á los egipcios, sino á extranjeros de otras provincias; y entre otros, á sus mismos hermanos que, sin conocerle, vinieron á él, para que les vendiese lo que tanto necesitaban. ¡Ah! cuando yo me imagino al Santísimo Padre Pio IX de imperecedera memoria, que, humillado ante Dios y derramando lágrimas, le dirigia sus fervientes súplicas por la Iglesia de Jesucristo, cercada por todas partes de formidables enemigos y de funestos errores; y que quizás repetia aquel clamor de los Apóstoles á su divino Maestro, cuando en medio de una borrasca que amenazaba sumergir su barquilla le despertaban diciéndole: “Señor, sálvanos, porque perecemos; yo

creo que entonces el mismo Dios le infundió, y el santo Pontífice escuchó en lo íntimo de su espíritu aquellas palabras: *Ite ad Joseph*; "ocurrid á José;" y desde luego pone el Padre Santo á toda la Iglesia bajo el Patrocinio y guarda del esclarecido Patriarca Señor San José, seguro, y con razon, de que aquel que como Padre defendió de sus enemigos á Jesucristo niño, ahora desde el cielo defenderá de los suyos á la esposa de Jesucristo, y alcanzará para ella con sus ruegos el triunfo contra todos los errores y una paz estable y duradera.

Ite ad Joseph: "ocurrid á José." Hé aquí lo que yo tambien os digo, amados hijos míos, y quisiera decirlo á grandes voces á todos y á cada uno de los pueblos, á todos y cada uno de los fieles de esta inmensa diócesis. ¿Os lamentais de los males y calamidades públicas? ¿Sufrís los trabajos de la enfermedad ó de la pobreza? ¿Llorais las desgracias de familia? ¿Os abruma, en fin, vuestra propia conciencia, con los pecados y excesos cometidos? *Ite ad Joseph*: "ocurrid á José." Él escuchará benigno vuestras súplicas: él impetrará para vosotros el remedio ó alivio de vuestras necesidades, la fortaleza en vuestros sufrimientos, el consuelo en vuestras aflicciones, la paz y la alegría de vuestras conciencias. Hoy mismo, que hemos venido á rendirle nuestros humildes cultos, hagamos cuenta que nos dice á todos lo que el otro José, cuando en medio de su po-

der y grandeza, y olvidando generosamente los agravios que habia recibido de sus hermanos, se les dió á conocer, diciéndoles con lágrimas en los ojos, y con toda la ternura de su corazón: "Acercaos á mí, yo soy José vuestro hermano: nada temais: porque por vuestra salud me ha enviado Dios."

Sí, José Santísimo, á tí ocurrimos el dia de hoy, llenos de confusion por nuestra indignidad pero muy confiados en la benignidad y dulzura de tu noble espíritu, á suplicarte de nuevo nos recibas bajo tu poderoso Patrocinio: y esta devota Asociacion, que en tu honor y culto está establecida y ramificada en toda la Arquidiócesis, al tributarte hoy sus justos homenajes, publica agradecida por mi conducto los beneficios y bendiciones que tú le has impetrado del cielo. No ceses de rogar por nosotros. Confirma en nuestros corazones tu devocion y amor; y que este amor y devocion se extiendan, se aumenten, se propaguen y perpetúen en todo el mundo: y en la terrible hora de nuestra muerte, haz que oigamos, siquiera allá en lo interior de nuestros espíritus, estas dulces palabras: "No temais: yo soy José vuestro hermano y abogado: por vuestra salud me ha enviado Dios."

ASÍ SEA.

DEFUNCION.—El dia 31 del pasado falleció en Tepetitlan el Sr. Presb. D. Gerónimo Olivares.

R. I. P.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 3.

Guadalajara, Junio 22 de 1882.

NUM. 46.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

Respuesta de su Santidad

A LA CARTA COLECTIVA

DEL EPISCOPADO SICILIANO.

"LEON XIII, PAPA."

Venerables Hermanos, y queridos Hijos, Salud y bendicion apostólica:

Entre los audaces caminos y pérfidos proyectos que meditan, tiempo hace, la ruina del nombre católico, se cuenta el designio perverso de sublevar la opinion popular contra los Romanos Pontífices. Cada dia estalla y se muestra más este disignio, porque no solo aprovechan con avidéz las ocasiones de injuriar á los Papas, sino que se ingenian para hacerlas nacer. Sin tener en cuenta los incorruptibles monumentos de la historia, propagan rumores engañosos; denuncian pretendidos crímenes, lanzados como ponzoña; y todo esto con tal audacia de licencia, tan desenfrenadamente, cuanto mayor

es la impunidad. En este pensamiento preconcebido de decir mal, solo hay la intencion del ultraje: el fin de esos hombres perversos es manifiestamente el de hacer que la injuria alcance á la persona de los Pontífices romanos, al Pontificado mismo instituido divinamente, y hacer que sean despreciados los jefes supremos de la Iglesia, y perder á la Iglesia misma, si ello fuera posible, en la opinion y el juicio de los hombres.

Vosotros, venerables hermanos y queridos hijos, habeis tenido en Palermo al fin del mes de Marzo un ejemplo doloroso de esas maquinaciones. Por lo cual vuestra indignacion no ha podido enmudecer, y habeis cuidado de darnos por medio de vuestras cartas afectuosas un brillante é insigne testimonio, tal cual debia esperarse de obispos. Esos insultos han revestido un carácter tanto más grave, cuanto que los que proyectaron la reunion en Palermo, parecian haberse reunido para rivalizar en sus ultrajes á los Romanos Pontífices, sin tener en cuenta siquiera los respetos por la religion que los sicilianos conservan santa é inviolablemente de padres